

360 TRAT. V.-DISC.-XXVII.-PROPIEDADES Y EFECTOS  
los lugares de diversión y hasta los aposentos más humildes se adornen con los atavíos modernos, y que la Casa del Señor, donde se realizan los tremendos misterios, donde se nos perdonan los extravíos, donde todos los fieles nos congregamos para elevar juntos nuestro espíritu al Excelso, esté des- arreglada y sin ornato alguno. Si no descuidamos los honores á la Casa de Dios, tampoco N. Señor descuidará los honores que Él desea hacer á nosotros en el día de las recompensas eternas.

#### EJEMPLO

Era en tiempo de los cantonales. Un grupo de hombres infames penetra osadamente en uno de los templos de Jerez de la Frontera, se encarama en los retablos, toma las sagradas imágenes y, en medio de risotadas sacrílegas é inmundas blasfemias, las arroja de sus tronos para conducir las á un patio vecino donde, puestas en informe pira, les pega fuego. El incendio era horroroso. Algunos, bien sea porque pesaba mucho, ó por un rastro ligero de fe, habían respetado la efigie de un Santo Cristo milagroso que allí se veneraba. Pero un desalmado corre hacia el altar de esta imagen, atropella sus objetos litúrgicos, y penetra en el camarín del Señor.—Anda, dice á la estatua sagrada, bastante tiempo has estado á la sombra; ahora es menester que vayas á pasar calor;— y blasfemando, é intentando juntamente arrojar de su trono á la Veneranda imagen, la da un terrible empujón; pero ¡justicia de Dios! el santo Cristo queda en su lugar, y el infeliz temerario baja rodando hasta el suelo, bañado en su propia sangre. Tenía roto el cráneo. Había muerto.

Sus impíos amigos huyen despavoridos unos, mientras que los demás, tocados de lo más íntimo del alma, se arrodillan temblando y sudosos ante la efigie del Crucificado, pidiendo á voces el perdón de sus grandes culpas. Habían escarmentado en cabeza de su desdichado compañero.



## SECCIÓN III

### III

PROPIEDADES Y EFECTOS DE LA SANTA EUCARISTÍA  
CONSIDERADA COMO VIÁTICO

### XXVIII

*La Divina Eucaristía es nuestro Viático en la peregrinación al Paraíso*

*Qui manducat hunc panem, vivet in aeternum.*  
El que come de este Pan vivirá eternamente.  
JOAN. VI, 59.

1. Cuando un individuo ha de pasar necesariamente á tierras extrañas donde, como es natural, se le presentarán mil peligros que vencer, y que sin duda alguna se le exigirá el testimonio de su persona, y origen, y profesión, le precisa un legítimo salvoconducto á fin de que en el viaje no sufra percance alguno. Pero bien: el hombre ha de pasar indispensablemente á las regiones de la eternidad, tierra extraña para él, si la considera muy diferente de la en que al presente habita; en sus puertas hallará los terribles peligros de una condenación eterna; una vez dentro, se le pedirá forzosamente el testimonio de su persona y de sus costumbres, y para superar innumerables dificultades le precisa poseer un documento perfectamente legalizado, un salvoconducto que le exente de los inminentes riesgos y le libre de los fatales inconvenientes.

2. El Santísimo Sacramento del Altar es, empero, el testimonio que buscamos, el hermoso documento legalizado, y el salvoconducto que nos hace falta para ultratumba. Recibido por Viático, es una recomendación poderosísima, una fianza respetable por la cual se nos recibirá con agrado en la eternidad bienaventurada. ¿Qué mejor testimonio que Jesucristo? qué mejor rúbrica que la posesión de su Cuerpo y Sangre? qué mejor fianza que su soberana promesa? Él asegura que el que comiere de su divino Pan vivirá eternamente; es decir, que esta beatífica Comida le será medio suficiente para ingresar en la Gloria. ¡Qué amor el de Jesús, pues, habiéndonos redimido y lavado con su preciosa Sangre, no quiere dejar el último trance de nuestra vida á solas nuestras fuerzas, sino que Él mismo desea ser nuestra fortaleza y ayudarnos é impelernos para que entremos en el cielo!

Ved por qué es necesario de precepto, no sólo eclesiástico, sino divino, el que todos los fieles adultos no pasen de esta vida á la eterna, sin recibir antes el Pan de los ángeles. Ved por qué la Esposa de Jesucristo constriña tanto á sus ministros á que busquen los enfermos de gravedad para exhortarles á comulgar el Santo Viático. Ved por qué las leyes tradicionales de nuestra Patria, hoy tristemente en desuso, ordenan, bajo graves penas, que los médicos avisen á sus enfermos de gran cuidado para que reciban cuanto antes el Santísimo Sacramento, y si no quieren recibirlo, dejen de visitarles.

Puesto que tan conveniente y necesaria nos es la Divina Eucaristía en el último trance de la vida, estudiemos, 1.º que *Ella es verdaderamente nuestro Viático en la peregrinación al cielo*. 2.º que *produce excelentísimos efectos en los que la reciben*. 3.º que, *en consecuencia, es un bien inefable recibirla antes de morir*.

#### §. I.

La Iglesia N. Madre, cuando entrega el Sacramento Santísimo á un enfermo de cuidado le dice:—Recibe el Viático

del Cuerpo y de la Sangre de N. S. Jesucristo que te guarde en esta vida y te conduzca á la eterna.—Este divino Viático fué prefigurado en el pan y el agua que tomó el profeta Elías para corroborar sus fuerzas en la peregrinación larguísima de cuarenta días y otras tantas noches que debía realizar hasta el monte Horeb. Fué simbolizado en el arcángel S. Rafael, fiel conductor del joven Tobías á Gabelo; fué representado en aquellas graves ordenanzas que el Señor intimó á los hebreos, á saber: que al despedir á algún criado no le mandaran vacío, sino que le diesen el *viático* del rebaño, de la era y del lagar para el camino. Y todos estos magníficos emblemas ilustran y acreditan que el Santo Viático, en la peregrinación á la eternidad, es nuestra gran fortaleza, nuestro poderoso defensor, y conductor seguro nuestro. Viático de la eterna vida, le llama el Apóstol Santiago en la bella liturgia que su nombre lleva; y Comida de los que caminan, le apellida con su acostumbrada unción el Angélico. Ciertamente, el Sacramento del Altar es nuestro excelente Viático, porque en la enfermedad grave, en la triste hora de la muerte ha de ser:

3. Nuestra fortaleza. Todos los días entablamos encarnizada lucha con nuestros enemigos; pero este cruel combate arrecia en la última hora de nuestra vida. En ese momento supremo, cuando el espíritu humano comienza á despojarse del saco de corrupción en que va envuelto; cuando empieza á descubrir otro mundo, cuyos horizontes, nublados para él, apenas puede pronosticar; cuando es reciamente combatido de una legión de infernales espíritus que hacerle presa pretenden; cuando los parientes y amigos, casi de todo se acuerdan menos de ayudar á su deudo en el negocio supremo de su alma; cuando, pretendiendo el alma arrancarse del pecho, y casi paralizados los sentidos y los miembros, el doliente apenas se sirve de las cosas de esta vida para escalar el cielo, entonces, en medio de tantos peligros y de tan fuerte combate, nuestro único apoyo, nuestra exclusiva fortaleza es el Viático Santísimo. S. Pablo nos aconseja que en este último trance nos armemos del escudo de

la fe; y S. Vicente, Ferrer afirma que este escudo es el sagrado Viático en el que depositar debemos toda nuestra confianza. Ciertamente que Jesucristo Sacramentado, fortaleza del alma, es el dique poderoso que puede oponerse á esas crecidas olas de visibles é invisibles enemigos. Él solamente puede otorgar fuerzas al alma para que pueda arrostrar dificultades tan insuperables.

El que va á emprender un largo viaje necesita proveerse de alimento. Ved por qué el Señor, en esa dificultosa peregrinación hacia la eternidad, desea Él mismo ser nuestro sustento, para que por ningún motivo desfallezcamos en el camino. Á la manera que el ángel llevó el pan y el vaso con agua al profeta Elías, precisamente cuando éste, casi desfallecido, estaba combatido de suma tristeza, así Jesucristo viene en nuestro auxilio con su Cuerpo y Sangre, cabalmente cuando, invadido nuestro ser de las malas sugerencias, y hallándose en gran manera abatido, se asoma á los umbrales del mortal desfallecimiento. ¡Cuán amoroso es Dios en los momentos últimos de nuestra existencia! ¡Qué amable es la Religión que nos proporciona tan grandes consuelos!

4. Pero el Viático Santísimo va todavía más allá. Es asimismo defensor nuestro. Donde está Jesús no puede habitar el diablo; el templo de Dios no es, no puede ser al propio tiempo casa de Belial; he ahí la razón por qué el infernal espíritu huye como por encanto de aquellos buenos cristianos que en la última hora de su vida recibieron el Sacramento Santísimo. ¿No recordáis que el Altísimo envió expresamente al arcángel S. Rafael para que defendiera al joven Tobías de los peligros que se le presentaran? ¿No recordáis que, estando ambos en la playa, salió del mar enorme pez que intentaba devorar á aquél, pero que el ángel del Señor le dió ánimo para que con sus manos cogiera al desmedido cetáceo y le quitara la vida? Pues esto mismo practica el Santo Viático en los que le reciben. Es un medio excelentísimo deparado por la Providencia divina para defendernos de las terribles acechanzas de nuestros enemigos. El Arca de la Alianza defendía á los israelitas

de las afiladas espadas de sus enemigos, y puesta sobre los hombros de los sacerdotes, pudieron aquéllos pasar sin peligro el Jordán; así los cristianos, constituidos en la última hora, son defendidos con el santo Viático de las diabólicas sugerencias, y pueden salvar el espacio que media entre la vida temporal y la eterna.

5. Nuestra ignorancia acerca del camino de la salvación es tanta que sólo N. S. Jesucristo puede remediarla. Él solo puede mostrarnos el camino que á la eternidad conduce. Yo soy el camino, dice; Yo soy la luz; y este dogma es tan brillante que el Salvador, para patentizarlo, ha querido ser Él mismo nuestro más seguro guía en la peregrinación á la gloria. Nos invita asimismo á que le tomemos á Él de la mano para conducirnos seguros al puerto de salvación. Cuando un enfermo ve á Jesucristo que entra en su casa para consolarle y llevarle de la mano á las celestiales mansiones, ¿puede haber algo más satisfactorio para él? ¡Ah! entonces su corazón se dilata, su confianza se anima, su esperanza se fortalece; y, en recibiendo el Pan de los ángeles, créese seguro para llegar á la mansión de los justos. El Salvador, en verdad, le tomará de la mano, como S. Rafael tomó la del joven Tobías, y lo dejará en el cielo. He ahí por qué dice el Crisóstomo que el Sagrado Viático es una nube que nos transpone en la gloria (1).

6. El cristiano, cuyas elevadas aspiraciones deben consistir en la perfecta imitación de Jesucristo, mediante el sublime ejemplo que le dejaron sus predecesores, al querer hacer un estudio de los dogmas de nuestra hermosa Religión, no puede contentarse con leer las bellas páginas de la teología, sino que debe indagar los orígenes de las prácticas santas, para encontrar en su fondo la razón de su creencia. ¿Creéis, por ventura, que el tema que he sentado es una proposición gratuita, ó todo lo más un arranque de fervor religioso? Nada menos que eso. Subamos á los orígenes cristianos; internémonos en sus respetables necrópolis

(1) Hom. 24 in Math.

sagradas; allí, sobre las tumbas de los primitivos fieles ó sobre el enlucido de los *arcosolium*, encontraremos la razón de nuestra fe, que consolará nuestra alma. Nuestros padres en religión solían pintar, esculpir ó depositar en toda su materialidad algunos vasos en las tumbas de sus queridos seres. Estos vasos, cuando van entrelazados con ramaje ó están colocados en un bosque florido, representan el paraíso de las eternas delicias; los hay que sostienen en su borde algunas palomas en ademán de volar ó de beber del líquido que encierra el vaso, las cuales palomas figuran á las almas justas que, ya salvadas, aspiran los deleites de la bienaventuranza. Pues bien; un mármol, al que Mamachi (1) da el título de *Vincentia*, reproduce la figura de esta mujer, tranquilamente sentada en el suelo, estrechando en el brazo izquierdo sobre su pecho un vaso en forma de preferículo, mientras que su mano derecha levanta una copa en señal de regocijo. ¿Quién dirá que tanto esta copa que alegra, como aquel vaso son un símbolo de la santa Eucaristía, que regocija el corazón de la que fué en este mundo, y los tiene asidos de sus manos porque fueron causa de su conducción hasta la eternidad? Las lámparas funerarias, encontradas sobre las tumbas de los primitivos fieles, en cuya parte media reproducen un vaso y en su boca un pez, ¿no vienen, acaso, á decirnos elocuentemente que el pez simbólico es el Salvador eucarístico contenido en el sagrado vaso, que, como prenda última, la más querida del difunto, quiso fuese depositada sobre su tumba, para que demostrase á los transeuntes que él había sido el Viático saludable en su peregrinación al cielo?

## §. II.

¶. Empero, pasemos á otra clase de consideraciones. Estudiemos los admirables efectos del santo Viático.

Con la posesión de Jesucristo, ¿quién podrá temer? Decía el Apóstol que todas las cosas podía sobrellevar con Jesucristo que le confortaba con su gracia (2). Pues, quien

(1) Orig., III, pag. 60.

(2) Philip. IV, 13.

recibe debidamente el Viático Santísimo, recibe más que la gracia de Dios, porque recibe al mismo Autor de la gracia, quien la otorga con medida llena, apretada y colmada. El cristiano, que abriga una fe sólida en Jesucristo, experimenta ciertamente en este apurado trance un gozo, propio tan sólo de las almas queridas de Dios. Los sacerdotes, que se dedican á la visita de enfermos, pueden decir muy alto que los dolientes que recibieron con buenas disposiciones su divina Majestad, quedaron, luego de comulgarle, tranquilos, sosegados, llenos de gozo y de interior satisfacción que, rebosando en el cuerpo, parecía como que se habían mejorado de la enfermedad que padeciendo venían.

§. Y si el santo Viático tranquiliza el espíritu, también le anima y le enfervoriza para entrar en la patria de los bienaventurados. Quien persuadido esté de que su patria no es este mundo, y haya comulgado el Santo Viático, ¿no deseará ver con ansia al Juez de las Eternidades? ¿No apetecerá unirse perpetuamente con quien en esta vida se unió temporalmente? Tan contento se hallaba S. Luis, obispo de Tolosa, porque, cercano á su último fin, le traían el Santísimo Viático que, no pudiendo levantarse del lecho, saltó, no obstante, para salir al encuentro de Jesús. El beato Sebastián de Aparicio, lego franciscano, no podía en su última enfermedad recibir el Santísimo Sacramento, á causa de los continuos vómitos que sufría; mas rogó á los religiosos no le negasen la presencia de Dios. En su consecuencia le llevaron el Santo Viático; entonces se enrojeció su rostro de tal suerte que los circunstantes comprendieron muy á las claras cuál era el gozo interior que le dominaba. Una vez anunciada á Sto. Toribio de Mogogrefo la hora de su muerte, se previno el siervo de Dios con el Santo Viático que, recibido, exclamó lleno de indecible gozo:—Señor, me he alegrado en gran manera por aquellas palabras que me ha dirigido el sacerdote: Recibe el Viático para que te conduzca á la vida eterna.

¶. Este inefable gozo lo experimentaron los primitivos confesores de la fe, que precisamente por conseguirlo, co-